

## CAPITULO VII.

Fernando y Luisa.

Los pronunciados, como hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, estaban situados en la Acordada. Este es un edificio inmenso de piedra sillar, de imponente y sencilla arquitectura, cuya solidez tiene la potencia de una fortaleza.

El objeto á que está destinado en todas épocas, es á guardar dentro de sus elevadas paredes, tanto á los presos civiles como á los detenidos por causas políticas, aunque para unos y otros hay salones diferentes y espaciosos. En una palabra, la Acordada viene á ser en México, lo que el Saladero en Madrid.

Pues bien, en una de las salas de este

edificio, de cuyo adorno escuso ocuparme, se encuentran dos personajes cuya conversacion nos interesa mucho escuchar. Al uno de ellos conoce ya el lector, como verá por las palabras que cruzan en el animado diálogo que sostienen: el otro es un hombre como de cuarenta y nueve años de edad, de aventajada estatura y robusta complexion, que viste el uniforme de general: en su rostro varonil y de un color pronunciadamente trigüeño, que podria calificarse de prieto, se refleja la nobleza de un corazon franco y sin doblez: en sus brillantes ojos negros y expresivos resalta la luz del patriotismo y del valor del intrépido soldado: en su cabeza, cubierta de espeso, áspero y negro cabello crespo, se ven blanquear, con notable contraste, algunas canas que concurren á aumentar el aire de respeto de su marcada fisonomía. Sin embargo, sus maneras poco distinguidas no están en relacion ni con su aspecto varonil, ni mucho menos con la elevada graduacion que ostenta; mas bien que un oficial de colegio educado en la escuela de la fina sociedad, parece un valien-

te soldado que ha ganado sus ascensos á fuerza de recibir honrosas heridas, y de dar furibundos mandobles. Y así es en efecto: hombre de humilde procedencia, habia abrazado el año de 1810 la causa de la independencia de su patria con el ardor de los Viriatos, llegando al grado de general, sin que manchase su carrera ningun crimen, ni ninguna accion bastarda: era uno de esos hijos del pueblo honrados y valientes, de talento natural, pero que no han recibido ni aun los sencillos rudimentos de las primeras letras: un rico diamante de subido precio, pero sin pulimentar, que hubiera pasado desaperecido, si la guerra nacional, que es el mejor crisol para probar los quilates del patriotismo, no hubiese venido á proporcionarle la manera de darse á conocer ventajosamente.

—Bien, Rossi:—decia paseándose á largos pasos el hombre que ostentaba el uniforme de general—volverémos de nuevo al combate, tan pronto como nuestros soldados hayan descansado.

—El soldado de la libertad es infatigable, mi general, y nadie mejor que V. E. . . .

—Deje vd. el tratamiento—le interrumpió el primero.—En una república no debe existir mas título que el del mérito.

—Está muy bien, mi general.

—Adelante.

—Decia, pues, que el soldado de la libertad es infatigable, y que nadie como vd., como D. Vicente Guerrero, que ha combatido tantos años por ella, conoce esta verdad.

—Sí, Rossi, cierto es que yo he luchado sin tregua por las libertades patrias; pero no creo que de todos debemos exigir el mismo sacrificio. Nuestras tropas se batieron ayer hasta muy entrada la noche, en que se vieron precisadas á replegarse á sus posiciones, y no seria justo privarlas del indispensable descanso.

—Es que ellas son las primeras que anhelan lanzarse al enemigo.

—Sin embargo, debemos esperar un instante.

—¡Mueran los *gachupines!* . . . . ¡Viva el general Guerrero! . . . . ¡Abajo el gobierno! . . .

Fueron los gritos que resonaron entonces en la calle por la multitud armada.

—Ya lo está vd. oyendo, mi general: es la voz del pueblo que pide le lleven al combate.

—Bien:—contestó Guerrero deteniéndose en medio de la sala—el pueblo verá satisfecho su deseo.

—¿Pronto?

—Ahora mismo.

—Permitidme, mi general, que yo marche á la vanguardia.

—Concedido; pero no hay que exponer la vida sin provecho: sabe vd. que sus servicios me son de suma utilidad.

—Mil gracias, mi general.

—Sobre todo, haga vd., en caso de que alcancemos el triunfo, por contener cualquier desman en los soldados; sentiria que se manchase la victoria con desórdenes que de ninguna manera puedo autorizar.

—¿Teme acaso mi general?....

Guerrero miró hácia todas partes para ver si alguno le escuchaba, y persuadido de que estaban los dos solos, se acercó á Rossi, [le agarró del brazo, y le dijo en

voz baja y casi uniendo sus labios con el oído del último:

—Sí, Rossi; temo.

—Pero ¿qué?

—Temo todo de las masas insubordinadas, y temo que sea cierto lo que se susurra.

—¿Qué, mi general?

—Que intentan llevar á cabo un horrible plan que horroriza.

—¿Cuál?

—El saqueo del Parian.

Rossi se inmutó; pero interesado en desvanecer las sospechas de Guerrero, trató de serenarse al instante, y contestó con acento terrible, dando á su semblante un aspecto de honradez que hubiera engañado al hombre mas práctico en el conocimiento de la falsedad humana.

—¿Y quién ha podido inventar calumnia tan injuriosa?

—Lo ignoro, es una voz que ha llegado por casualidad á mi oído.

—Voz levantada por nuestros enemigos para desconceptuarnos: voz que debemos

despreciar, porque conocemos el bastardo origen de donde parte.

—¿Luego vd. nada habia oido?

—Nada; es la primera noticia que tengo de tal absurdo.

—¿Es decir que tampoco cree vd.?

—Yo no creo, mi general, en nada de lo que pueda ofender á nuestros valientes.

—Bien, Rossi; ese lenguaje me da á conocer el honrado corazon del hombre que he apreciado siempre sobre todos mis amigos.

—Gracias, mi general.

—Tambien yo me inclino á creer que todo es una calumnia para introducir la desunion en nuestras filas.

—A no dudarlo: es arma de procedencia española.

—Pues no ha sido otro el motivo que me obligó á retardar el combate.

—¿Lo vé vd., mi general, cómo han logrado ganar estos momentos?

—Confieso mi falta.

—Y sin embargo, preciso es confesar que

si tal fuese la intencion de las masas armadas, nadie podria evitar ya esa desgracia, puesto que ellas son dueñas de la fuerza bruta.

Y al decir esto, Rossi fijó la vista en su interlocutor para ver el efecto que hacia su advertencia.

—Pero podria evitar el verse envuelto en la deshonra de ellas.—Exclamó Guerrero con digna exaltacion.—Y yo me separaria en el acto de los que se preparan á la lid, para no apadrinar el robo y los desmanes.

—Y yo tambien, mi general.—Contestó Rossi con fingida honradez.—Pero repito que nada hay que temer: que todo eso no son mas que invenciones de nuestros enemigos para desprestigiar nuestra causa y ver cómo hacen desertar nuestros soldados.

—Repito que participo de la misma opinion.

—¡Al combate!.... ¡al combate!....

Volvió á gritar la multitud.

—No desperdiciemos estos momentos de

entusiasmo, mi general—dijo Rossi—él nos dará un triunfo fácil y completo.

—Bien; diga vd. que se prepare la columna que ha de avanzar sobre palacio.

—Voy al instante.

—¿Y qué tal sigue Fernando de su herida?

Preguntó Guerrero, cuando Rossi ponía el pié en la puerta para salir.

—Perfectamente; fué un ligero rasguño, y hoy será de la partida.

—Es un valiente.

Estas palabras fueron á sonar en el oído de un hombre que en aquel instante se presentaba en el dintel de la puerta: llevaba vendado el brazo derecho, y de su cintura pendía una espada de finísimo temple.

—De vd. precisamente hablábamos, D. Fernando—añadió Guerrero dirijiéndose al nuevo personaje—ayer se portó vd. como un héroe.

—Como cumplía á mi obligacion, y nada mas, mi general.

—¿Y qué tal vamos de la herida?

—Puede decirse que estoy completamente bueno de ella.

—Lo celebro infinito.

—Mil gracias, mi general.

—¿Y es cierto que está vd. resuelto á volver hoy á la lucha?

—No he venido á este sitio sino con el objeto de pedirle á vd. esta gracia.

—¿Y no teme vd. que el brazo se resienta?

—Repito que no es nada lo que en él tengo.

—Si está vd. convencido de ello, tendré mucho placer de confiar á su valor la causa que defendemos.

—Procuraré cumplir con mi obligacion.

—¿Y nada sabe su esposa de vd. de este acontecimiento?

—No quise avisarla nada para no alarmla.

—La pobre estará con cuidado al ignorar la suerte que ha corrido vd.

—He enviado, hace un instante, un recado disculpándome, y suplicándola venga á

verme antes de que vuelva á empeñarse la lucha.

—Me parece muy bien. Puede vd. esperarla en esta sala, en tanto que yo dispongo la columna de ataque. Rossi, tenga vd la bondad de seguirme.

Guerrero, seguido de Rossi, salió de la pieza, bajó la escalera y se presentó á sus soldados que empezaron á victorearle y pedir que les condujese al combate.

Fernando, al encontrarse solo en la sala, se dirigió sin hacer ruido á las puertas de los cuartos; las empujó con mucho disimulo, y al encontrarlas cerradas, miró por las cerraduras para cerciorarse de si habia dentro alguno. Satisfecho sin duda de sus pesquisas y de que nadie podia sorprenderle, se desabrochó la levita, sacó del bolsillo del pecho una cartera, la colocó debajo de la barba, y oprimiendo ésta sobre el pecho para afianzarla, la abrió con la mano derecha y sacó de ella una carta escrita con lápiz que puso encima de una silla para poder cerrar la cartera con las mismas dificultades con que la habia abierto. Hecha esta operacion

sencillísima para quien puede disponer de ambas manos, pero incómoda y molesta para el que se ve obligado de pronto á servirse solo de una, guardó la cartera, cojió la carta de la silla, y se puso á leerla detenidamente. Al pasar ahora la vista por su contenido, no se pintó en las facciones de Fernando el gesto de furor que hacia horroroso su semblante la noche en que la levantó de junto á la ventana. Un sentimiento de tristeza, mezclado de confianza, de pesar y arrepentimiento se marca en este instante en su fisonomía: no nubla su frente el ceño de la desesperacion: sus ojos entonces iracundos, ahora se fijan tranquilos en los caracteres dirigidos á la mujer en quien tiene depositados su honra y su buen nombre. Abismado en sus profundas meditaciones, dejó caer lánguidamente el brazo en cuya mano tenia la carta, exhaló un hondo suspiro, clavó la vista en el suelo, y quedó en medio de la sala, sin moverse, como si fuera una estatua.

La forma de una mujer hechicera, envuelta en un ropaje blanco y vaporoso, linda y

aérea como la voluptuosa Vénus al nacer de las espumas del mar, apareció sin ruido como una vision fantástica, en el dintel de la puerta. Iba á deslizar su diminuto pié sobre el pavimento de la sala, pero al ver un hombre vuelto de espaldas y en actitud meditabunda, se detuvo recelosa, como la tímida gacela que se sorprende aún á la vista de un objeto amigo.

Entre tanto, Fernando, preocupado en sus ideas y creyéndose completamente solo, mantenía consigo mismo y en el fondo del alma, uno de esos animados diálogos á que con tanta frecuencia se entrega el hombre á quien afectan sentimientos profundos que á nadie se atreve á confiar. Poco á poco su semblante fué adquiriendo un tinte de melancólica ternura, brilló en sus ojos la mirada del sentimiento cariñoso, se entreabrieron sus labios involuntariamente, y su boca dejó escapar estas palabras.

—¡Pobre Luisa!

—¡Fernando!

Exclamó la mujer, reconociendo á su esposo y corriendo hácia él.

—¡Hermosa!

Contestó Fernando estrechando á su esposa con el brazo en que tenía la carta, y formando una graciosa enredadera.

—He visto abajo dispuesta una columna de ataque: ¿piensas formar parte en ella?

—Para eso te he llamado: no he querido separarme ni por un momento del punto del peligro, y no quería volver tampoco á la lucha, llevando en el alma el remordimiento de haberte ofendido.

—¡Fernando, yo te ruego que no te vayas!.... ¡he sufrido tanto durante las eternas horas del combate!.... Y aun en este momento me encuentro temblando, dudando de que realmente estás á mi lado.

—Vamos, serénate, Luisa—dijo Fernando atrayendo suavemente hácia sí el flexible talle de su esposa.—Entregarte de esa manera al dolor, te haría mal; y yo estoy demasiado arrepentido de haberte hecho padecer, para que pueda presenciar tus sufrimientos sin desgarrármese el corazón.

—Si es cierto lo que dices, dame una

prueba de que anhelas que terminen todas mis penas.

—¿Cuál?

—La de acompañarme á casa, renunciando la lucha.

—Eso es imposible, Luisa.

—¡Imposible!

—Se opone á ello mi deber de ciudadano.

—Te lo ruego por nuestro amor.

—No puedo.

—Por mi vida, si es que me aprecias.

Fernando estrechó la mano de su esposa con esa efusion profunda que entraña mil protestas, mil juramentos de amor.

—Me acusarian de cobarde.

Pronunció por fin haciendo un esfuerzo por sobreponerse á su cariño.

—¡Por nuestro hijo!....

—¡Luisa!....—Dijo Fernando conmovido por aquel nombre que tan dulce eco tiene siempre para el alma de un padre—no hagas que desmaye mi valor. Deberes imprescindibles me ligan á la causa de mis amigos políticos, y desentenderme de ellos

equivaldria á olvidarme de mi patria, á echar un borron sobre mi honra.

—Pero tú has cumplido ya con esos deberes, y te releva de otros nuevos la herida que ostentas en tu brazo.

—Ya te envié á decir que mi herida no merece el nombre de tal; que es un ligero golpe recibido de un hombre que busqué en el combate.

Luisa palideció: aquellas palabras le recordaron otras de venganza que pronunció Fernando contra Miguel al salir de casa dos noches antes: sospechó, pues, que aquel hombre á quien su esposo buscara en el combate, no podia ser otro que Miguel: que se habian encontrado se lo decia la herida de Fernando... ¿Qué habia sucedido despues?... ¿Cayó muerto Miguel al furibundo golpe de su esposo?.... Luisa se estremció con este espantoso pensamiento. Fernando atribuyó aquel estremeamiento, al terror que le inspiraba la idea del peligro que iba á correr en el combate, y trató de calmar su espíritu, diciendo.

—Nada temas; las tropas del gobierno

están ya dispuestas á emprender la retirada, y nuestro triunfo no se comprará ni con una gota de sangre.

Luisa no respondió á estas palabras, que Fernando creyó eficaces para tranquilizarla.

—¿Qué tienes?—añadió luego notando en su rostro pintado el dolor.—¿Te has puesto mala?

—No:—dijo Luisa procurando ocultar la verdadera causa de su turbacion.—Miraba esa carta.

—¿Esta carta que tengo en la mano?

—Sí.

—Comprendo tu terror; pero nada temas ya.

—¿Cómo!

—Cuando la encontré al pié de la ventana me hizo perder la razon. Despues.....

—¿Qué?

Le interrumpió Luisa con ansiedad.

—¿Cuántos pesares me hubiera ahorrado si la hubiese leído entonces con la prudente reflexion con que la he leído despues! En ella solo se ve tu inocencia, tu virtud,

las quejas de un pobre loco que se lamenta de tu indiferencia, de tu eterna frialdad.

Fernando no podia comprender lo que Luisa sufría oyendo aquellas palabras. Ella, como el lector sabe, no habia leído la carta, y por lo mismo acusó de imprudente la conducta de un hombre que la expuso al enojo de su marido; pero ahora que lo cree muerto; ahora que escucha de los labios de su esposo que aquel papel nada contenia que pudiese comprometerla; ahora que oye que los caracteres trazados, no ocultan mas que lamentos, quejas de un infeliz, de un loco que ha perdido la razon por amor, se sintió conmovida hasta la médula de los huesos. Su fecunda imaginacion recorrió en un momento la historia de su primer amor, llena de encantos, de doradas ilusiones, de risueñas esperanzas, eslabonada íntimamente con la vida de Miguel: recordó el bello panorama que al lado de éste le descorria el mundo brindándoles con una felicidad sin guarismo: trajo á la memoria los fantásticos proyectos trazados por ambos en la niñez, y al llegar ahora al desenlace de esa

historia, al sospechar que al fin de tantos sueños, de tantas ilusiones, de tantas esperanzas, la severa realidad le señalaba con su descarnado y frío dedo un cadáver, tembló de espanto, se cubrió su semblante de una palidez mortal, y se asomaron á sus ojos abundantes lágrimas.

—Comprendo el origen de tu llanto—dijo Fernando acercando á sus labios la mano de Luisa que la sintió yerta.—Son las lágrimas que vierte el justo, conmovido por la dulce satisfacción de verse desagraviado.

Luisa sintió un profundo remordimiento al ver que su confiado esposo atribuía á virtud lo que no era, en su concepto, otra cosa que reprehensible debilidad.

—Pero yo te pido perdon—continuó Fernando con el acento mas tierno, viendo que su esposa no acertaba á pronunciar—sí, yo te pido perdon por la ofensa que hice á tu acrisolada virtud, y tú me perdonarás, estoy seguro, porque tú eres buena como los ángeles.

—Aquello pasó, Fernando—contestó Luisa dominada de profunda tristeza—yo no

tengo mas placer que el de verte tranquilo, y si para que lo estés necesitas escuchar de mis labios esa palabra de olvido, dala por pronunciada, no porque crea que tratase de ofenderme, sino por satisfacer tu deseo, que es el mio.

—Nunca he sido tan feliz como en este momento!

—Pero dime—repuso Luisa sin poder desterrar la memoria de la desgracia de Miguel, y conservando todavía alguna esperanza—el convencimiento de mi inocencia al leer con meditacion la carta, fué antes ó despues de haber recibido la herida?

Fernando no comprendió la intencion que encerraba la pregunta, y contestó:

—Despues.

Luisa se sintió desfallecer; habia perdido toda esperanza.

El ruido de las cornetas que tocaban llamada, vino á poner fin á aquella escena de ternura, de zozobra y de lágrimas.

—Va ha empezar el combate—dijo Fernando guardando la carta—y es preciso que partas inmediatamente. Por fortuna estás á



pacíficos habitantes, ocultos en sus casas, esperaban inquietos el resultado de aquel encuentro que afectaba tan de cerca á los españoles.

A la media hora, el cañon tronó haciendo estremecer los edificios; pocos minutos después, una nube de humo envolvió á los com-

### CAPITULO VIII.

El capitán Rossi.

Permítasenos una digresion histórica que nos dé á conocer á este personaje que tanto va á figurar en nuestra narracion, y retrocedamos algunos años para seguirle paso á paso en las escenas mas interesantes de su vida.

Rossi era sardo, y habia llegado á las costas de América en un buque mercante de su misma nacion, mandado por un tal Picaluga, pariente suyo, con quien siguió teniendo siempre estrechas relaciones. Deseando hacer fortuna, se dirigió á México en los momentos en que el cura Hidalgo proclamaba, en el humilde pueblo de Dolores, de que era párroco, la independencia

del país el 16 de Setiembre de 1810. Cartas de recomendacion que traia para D. Andrés, rico comerciante español, le dieron entrada en la casa de éste. Enamoróse Rossi de la hija de su protector, llamada Pilar, jóven de recomendables virtudes; pero como conocióse que sus atrevidas miradas no eran acogidas con agrado, creyó mas prudente por entonces dejar á la hija y ocuparse en ganar el corazon del padre. Poco después, abusando de la confianza que éste habia depositado en él, le estrajo de la caja una suma considerable, y para sustraerse de la justicia, corrió á unirse á las filas de los independientes. Osado, al par que bribon, logró hablar con el caudillo de la independencia, y le hizo entender que, una conspiracion en que trabajaba por la causa de la libertad, y descubierta por el gobierno español, le conducia á militar bajo las órdenes de tan decidido patriota.

Hidalgo, que vió en él un hombre de talento, lo recibió con muestras de satisfaccion, y le dió el mando de una compañía.

Muchos han tratado de oscurecer, por

hechos semejantes á la recepcion de Rossi, la grandiosa empresa del anciano párroco, diciendo que acogia bajo sus banderas á todo el que se presentaba.

¡Acusacion bien débil por cierto!.....  
¡Como si en su mano hubiese estado el escoger á los hombres!

El pronunciamiento del año de 1810, digan lo que quieran los pocos enemigos del cura Hidalgo, fué un pronunciamiento que le honrará siempre ante los hombres de corazon y de patriotismo que saben apreciar las libertades patrias.

Es una obligacion imprescindible la de defender la patria del poder de cualquier nacion extraña que la subyugue ó pretenda subyugarla; y esta obligacion, reconocida por todos los hombres de todos los siglos, no puede quedar desatendida, ni por temor á la muerte, ni por apego á las riquezas, ni por respetos á alguna parte de la sociedad, sin que sobre la nacion que esto hiciera no cayese el borron mas negro y el desprecio universal. México hacia 300 años que estaba agregado legítimamente á la corona de

España; y aunque España engrandeci6 aquel fértil país, lo ilustró y formó en él grandes ciudades, suntuosos templos, sorprendentes acueductos, soberbios edificios, casas de beneficencia, hermosos colegios, y le dió una religion salvadora, la privó de la libertad de gobernarse. El gobierno español, con sus sábias medidas, y con su no desmentida deferencia hácia los hijos de aquel suelo, se ganó de tal manera el afecto de los mexicanos, que ninguno, no obstante el deseo natural á independerse, se atrevió jamas á levantar el estandarte de la rebelion, aunque no es rebelarse levantar el pendon de la libertad, para sacudir la dependencia de cualquier poder extraño, por dulce y suave que sea.

Los honores y los títulos repartidos por los monarcas españoles entre los hombres de alguna suposicion de aquel país, tenia á éstos tan adictos á la causa real, que de ninguna manera deseaban separarse de España. Los ricos, los hacendados y los comerciantes, tampoco querian exponer sus vidas por el bien que, siendo el primero de

los bienes, era para ellos secundario y casi de ningún valor. Solo quedaba, pues, la clase media y la clase pobre, que son las únicas que sufren en todos los gobiernos, y las únicas dispuestas á lanzarse en la sangrienta lucha para recobrar la libertad, unico tesoro á que podian aspirar, y hasta del cual se veian privadas.

De entre aquella clase media, pues, salió el celebre Hidalgo, anciano por su edad, pero jóven por su acendrado patriotismo: salió un humilde sacerdote que, despreciando los peligros y la muerte, concibió el atrevido pensamiento de hacer caer un poder, un gobierno cuya fuerza moral habia echado hondas raíces por espacio de 300 años.

Para justipreciar este pensamiento, es preciso conocer los ningunos elementos con que contaba Hidalgo para llevar adelante una empresa colosal, que hubiera asustado al hombre mas intrépido. El plan grandioso del anciano párroco de Dolores fue descubierto; y al recibir tan infausta noticia, Hidalgo, haciéndose superior al peligro, reu-

nió unos cuantos paisanos del mismo pueblo, y levantó el estandarte de libertad.

¡Heroísmo sublime que solo en un corazón verdaderamente patriota podia existir!

Los españoles que tan celosos nos hemos mostrado siempre por la independencia de nuestra amada patria, y que con tanto respeto miramos á los que se han sacrificado por nuestra independencia, no podemos menos de hacer justicia á un hombre como Hidalgo, que despreció la muerte por el bien que se habia propuesto dar al pais en que habia nacido.

Yo, como español, si hubiese vivido en aquella época, hubiera combatido contra él por no perder la joya adquirida á tanto precio, y á tantos sacrificios comprada; pero en el fondo de mi corazón hubiera respetado y admirado á un hombre, cuyo noble anhelo no era otro que el de dar á su patria un lugar distinguido entre las naciones libres.

El pensamiento era grande, y este pensamiento será siempre digno de elogio, por mas que algunos hayan querido pintarlo

con los mas negros colores, criticándole los medios de que echó mano. ¿Y de qué otros se podia valer el anciano sacerdote en situacion tan crítica y aflictiva? ¿Qué otro hombre, si él llegaba á verse aherrojado, tendria el necesario valor para sublevarse con un puñado de paisanos mal armados, contra el poder de un gobierno respetable y fuerte? Un hombre á quien no seguian los ricos, no por falta de voluntad, sino por miedo de perder sus riquezas en una lucha tan desigual, ¿estaba en el caso de despreciar á la gente de la clase ínfima, aunque no toda fuese honrada, por temor de que cometiera algunos excesos?.... Esto hubiera equivalido á cometer la torpeza de entregarse á los que le hubieran quitado la vida.

Pero ¿cómo es que esos que con tanto empeño buscan en los que seguian á Hidalgo defectos y delitos, no ven á la gran figura que destaca en esa guerra de independencia? ¿Cómo es que ven á los malos, que nunca faltan en ninguna causa, por justa y santa que sea, y no al modelo de patriotas, al valiente D. Nicolás Bravo, que se

adhirió al plan del anciano cura de Dolores, y cuyo nombre no podemos menos los españoles que pronunciar con respeto y asombro, por mas que haya combatido contra el poder de España? ¿Y sabe el lector por qué es digno de nuestra admiracion? Vamos á decirlo. D. Nicolás Bravo tenia prisioneros en su poder 300 españoles, cuando recibió la noticia de que el gobierno español acababa de fusilar á su padre que, como él, combatia por la independencia de su patria.

El Sr. Bravo en aquel instante de acerbo dolor, mandó que le llevasen á su presencia á los 300 españoles, á quienes hizo saber la fatal noticia que acababa de recibir:—¿Qué harian vdes. en mi lugar? les preguntó con el acento del mas profundo pesar. Nuestros compatriotas guardaron silencio: conocian que, en la guerra, la represalia era el medio puesto en práctica para tomar reparacion de un agravio, y esperaron la muerte. Bravo habia tomado ya su resolucion irrevocable.—Están vdes. en libertad, les dijo.

Y luego, dirijiéndose á un oficial de su ejército, añadió.—Acompañe vd. con sus

soldados á estos señores hasta cerca del primer campamento español, para que así no encuentren obstáculo en el camino por parte de nuestras tropas.

Este rasgo de abnegacion y de generosidad, asombró al virey; y los españoles vieron desde entonces en Bravo un verdadero héroe.

Pero no solamente Bravo era el hombre de reconocido mérito que ennoblecía la causa, á todas luces justa, de la independencia. A la vez que él, brillaban otros muchos caudillos de acendrado patriotismo, sobresaliendo como honrosa lumbrera, el infatigable Matamoros, uno de los personajes de mas disposicion militar de aquella época, segun confesion de los mismos que combatieron en las filas contrarias, quien reunia á un valor, á toda prueba, una alma generosa, ideas elevadas y filantrópicas, y un corazon magnánimo y compasivo, jamas manchado con escenas de criminal venganza.

En esta pintura no hay toque ninguno exagerado; no es mas que un justo hom-

naje tributado al verdadero mérito: mi mano no hace mas que trazar, con imparcialidad española, los hechos de un hombre que han ensalzado nuestros mismos compatriotas.

Hasta aquí para justificar la causa de la independencia y defender al cura Hidalgo de la acriminacion de que recibia á cuantos se presentaban en sus filas; ahora continuemos con Rossi.

Este llegó, tanto por su valor como por su talento, á alcanzar el aprecio de sus principales jefes que, ocupados en admirar su arrojo, no podían examinar los bastardos sentimientos que abrigaba su corazon. Para él los sagrados lazos de amistad eran preocupaciones absurdas de apocadas inteligencias, la gratitud trampantojos de la niñez, y toda religion una mentira sin base sólida ni racional.

Pero estos dañados sentimientos tenía buen cuidado de ocultarlos bajo un exterior hipócrita, que tomaba todas las formas que convenian á la situacion en que se encontraba.

Era un buen actor que representaba todos los papeles, y los jugaba con la misma facilidad.

Demostrando patriotismo y virtudes cívicas, habia sabido ganarse la estimacion, primero de Hidalgo, y mas tarde de Guerrero, que le distinguia con su amistad y le habia servido generosa y desinteresadamente en varias ocasiones críticas.

Era el tigre disfrazado con la piel de oveja; el gavilan vestido con las plumas de la cándida paloma; la culebra que imprudentemente abrigaba en su seno.

Cruel y sanguinario, era el azote de los comerciantes y hacendados españoles, radicados en los puntos por donde él pasaba.

Concluida esta sangrienta campaña con el fusilamiento del cura Hidalgo, Rossi pasó al Estado del Sur, donde aun conservaba Guerrero una chispa de la sublevacion.

Entonces fué cuando haciendo mérito de los servicios que habia prestado á la causa de la independencia, logró alcanzar la amistad

de tal personaje, quien desde aquel instante le consideró como al mejor de sus amigos.

Por aquellos dias llegó al puerto de Acapulco el buque sardo que le habia conducido á las costas mexicanas, y al encontrarse con su pariente Picaluga, le presentó á Guerrero. Este, que tenia un corazon benévolo, recibió al capitan con amabilidad y le siguió distinguiendo en lo sucesivo, prestándole favores y servicios que solo podian compararse con los que á Rossi dispensaba.

Ya verémos mas adelante, cómo correspondió Picaluga á estos favores.

Hecha por fin la independencia en 1821 por el plan de Iguala concebido por el coronel mexicano Iturbide, y en el cual entraron los principales jefes del ejército español, entre ellos Echávarri y Negrete, Rossi entró triunfante en México, y tuvo la osadía de presentarse en casa de D. Andrés para pedirle la mano de Pilar.

El honrado español que conocia á fondo el bastardo corazon que abrigaba, le negó la gracia que solicitaba, é indignado Rossi,

juró vengarse de lo que él llamaba desprecio del orgullo español, y hacerse dueño, á todo trance, de la mujer que amaba.

Los pasos que dió para conseguirlo, nos lo dirá lo que sigue de nuestra historia.

## CAPITULO IX.

A río revuelto....

Eran pasados dos dias, y la lucha entre las tropas del gobierno y los pronunciados, continuaba cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta.

En aquella cuestion, como ya hemos indicado, se resolvía la suerte de los pacíficos comerciantes españoles radicados en aquel país que amaban como se ama la patria de los hijos.

Con la ansiedad con que el reo espera su sentencia, esperaban tambien ellos el resultado de aquel combate decisivo, en que un bando pedia su expulsion y el otro los defendía.

Aumentábase la inquietud que les tenia